

Capítulo 17

Incomunicados

Tras varios días prácticamente sin contacto con el exterior, Tom, el *funken*, logró establecer una comunicación de más de 20 minutos con Alemania sin interferencias. El capitán, Wolf y el omnipresente Lothar se habían reunido en la sala de telecomunicaciones para confirmar lo que en los últimos días simplemente habían estado suponiendo: el rescate se haría esperar semanas. La alegría por poder hablar con los responsables en tierra de la expedición se esfumó para dejar paso a una sensación de desasosiego y de aislamiento. Un derrotismo que empezaba a reinar peligrosamente en el Estrella del Polo. Casi todos los pasajeros del barco invertían horas en tratar comunicarse con sus familias o con sus amistades y las colas en el habitáculo del radiotelegrafista o en los ordenadores eran algo inaudito. Ya nadie respetaba los turnos que inútilmente se había pretendido establecer y alguna mañana Tom se había encontrado a algún compañero dormido en la puerta de su despacho guardando su tanda para conectarse a internet. La conexión era difícil y más complicado resultaba que no se interrumpiera. Encima, la sombra radiofónica sobre el buque era cada vez mayor porque al encontrarse tan al sur, los satélites se hacían menos asequibles día tras día. Las tormentas magnéticas, que semanas atrás se habían anunciado por la megafonía para que nadie se perdiese el espectáculo fascinante y pintoresco de las auroras australes que provocaban, se habían convertido en un incordio. El anuncio de los altavoces servía sólo para que todos supiesen que sería imposible ponerse en contacto con el mundo civilizado.

Muchos habían optado por comunicarse con los científicos de las bases antárticas. Con Neumayer, Jubany o Rothera había más facilidades de comunicación y algunos científicos siguieron el ejemplo de Joan, que había acudido a los colegas de Neumayer en busca de consejos para soportar el aislamiento. De esta manera, la base alemana que pocas semanas antes habían visitado un puñado de investigadores del Estrella del Polo se convirtió en un improvisado consultorio de supervivencia.

Tomás había preferido aprovechar los pocos ratos de conexión que le correspondían para charlar con su hijo Dani, de 12 años. "Esto es increíble. Estamos en medio del hielo y la noche va engullendo cada vez un poquitín más de día. Ya no vemos el sol. Se escondió

definitivamente la semana pasada y ahora la única luz natural que tenemos es la que nos dan sus rayos, de refilón, durante poco más de una hora al día. Es fascinante. Claro que tenemos generadores eléctricos que nos permiten tener luz las 24 horas, por lo que ya estamos acostumbrados al ritmo de vida que llevamos. Te preguntará cuándo dormimos. Seguimos los horarios normales. Es lo mejor. Y aunque la mayoría de la gente está pendiente de que llegue el rescate y no hace nada más, algunos hemos decidido trabajar, así que, además de avanzar en nuestras investigaciones aunque estemos parados, estamos mucho más distraídos."

Tomás no le quería contar por e-mail ninguna mentira a su hijo. Y no se la decía. Se limitaba a adornar la realidad y a esconder ciertos episodios desagradables que ocurrían en el barco para que el chico pudiera pensar que su padre estaba en un lugar casi paradisíaco. Tampoco engañaba a su hijo al decirle que seguía trabajando. Cuando Hutty y los suyos sacaron su maquinaria pesada por primera vez en lo que iba de travesía para perforar el hielo y poder introducir a través del agujero los aparatos que necesitaban para realizar sus misteriosos experimentos, a Núria se le encendió la lucecita y decidió que ella también podría utilizar esa perfecta abertura en la banquisa para introducir el ROV. Después del revuelo que había levantado la maniobra de perforación entre la tripulación ociosa, Hutty no pudo negarse a permitirles aprovechar esa vía abierta. Así que Núria obtuvo la entusiasta aprobación de Tomás para efectuar un experimento pionero en la ciencia: observar, a través de la cámara submarina, la actividad de los organismos del fondo del mar en medio del invierno antártico. Nadie había registrado nada de lo que pasaba bajo el hielo en el Mar de Wedell, pues los buques de estudio oceanográfico se retiraban todos, sin excepción, a principios de otoño, para no regresar hasta la primavera siguiente, de manera que el lapso invernal seguía huérfano de toda investigación a tales profundidades. Marc también se había ilusionado con el experimento, y había atraído a Tere, la chica valenciana con la que había hecho muy buenas migas. David, para sorpresa de su antiguo profesor, se había mantenido al margen del seguimiento de la flora y la fauna marinas en aquella época del año. Tomás lo notaba nervioso, huidizo y demasiado acaramelado con Karenina.

-David, dentro de un cuarto de hora volveremos a bajar el ROV -le comentó al cruzárselo en el comedor-. ¿No te interesa? Es un experimento único.

El chico le daba largas como podía. Él y Karenina acababan de hablar con Marc para que fuera éste quien le explicara a Tomás la verdad sobre el grupo de Hutty, las amenazas y los supuestos accidentes. Hasta entonces, David había optado por no relacionarse demasiado con su jefe, con quien llegaba a mostrarse huraño y antipático. Tomás, consciente de la situación que se vivía a bordo, no le tenía en cuenta esa falta de educación hacia él.

Martin, el jefe de Karenina, y Weber, el puntilloso científico austriaco, también se habían acercado alguna vez a la sala de filmación para ver las evoluciones del ROV a través de los monitores. Pero ellos estaban demasiado absortos por la dinámica pesimista que se había apoderado del resto de la tripulación. Los demás investigadores permanecían apáticos, ajenos a cualquier trabajo que se intentara realizar.

Así pues, sólo el reducido grupo de Tomás y los atareados hombres de Hutty tenían algo que hacer y la tensión a bordo, como era de prever, se empezaba a hacer insostenible. Lothar había organizado un campeonato de *acuacesto* entre científicos y marineros para amenizar la espera y hacer algo diferente a comer, leer y dormir. La convocatoria fue un éxito: se apuntaron al torneo siete equipos de cinco jugadores. El jefe de cubierta se encargó de engrandecer el éxito antes de la cuenta y estableció que los cinco miembros del equipo ganador no pagarían las consumiciones que hubiesen tomado en el *zillertal*. En algunos casos, como era el suyo, se estaba hablando de pequeñas fortunas. Guillem y Jordi confeccionaron el equipo español, al que llamaron "Maccabi de Despertá", engañando a algún inocente diciendo que rendían homenaje al pueblo de sus abuelas, que se llamaba Despertá. El primero echó en falta a la que él anunciaba como el fichaje estrella, Vázquez, pero la hondureña, al igual que sus compañeros de misión, renunció a la competición, muy a su pesar, por lo que tuvieron que conformarse con contratar a un comunitario como Fabrizio. Ellos abrieron la liguilla, que se prometía muy disputada, con una flamante victoria ante el "Sala de máquinas", el conjunto de los más ociosos del buque.

Acto seguido, saltaron a la piscina Martin, Karenina y tres nibelungos más, el "Borussia", para enfrentarse a un combinado de marineros llamado "Simbad", haciendo honor a su profesión. Lothar hacía de árbitro y, como en el anterior partido, se mostraba inflexible, abusando hasta límites insospechados, como siempre, de su pequeña parcela de poder. Las interrupciones eran constantes. Él asumía todo el protagonismo del partido hasta

que alguien dejó de hacerle caso y la furia contenida de los jugadores se desató en la piscina. Era la ocasión ideal para, inconscientemente, descargar fuerza física. Para arrebatarse la pelota unos a otros, los jugadores no dudaron en dar manotazos, hacer ahogadillas o agarrar al contrario. Ni caso a Lothar. Y en seguida se produjo el inevitable cortocircuito. Karenina se vio sumergida de golpe al agarrar el pase de un compañero. Antes de que alcanzara la superficie, una mano la sujetó de la parte superior del bañador haciéndole dar casi una voltereta bajo el agua, mientras unos brazos la sujetaban por la espalda para arrebatarse la pelota, que la chica no había soltado en ningún momento. Desesperadamente, Karenina intentaba zafarse del agobiante acoso en una apnea prolongada. Al salir a la superficie, la alemana contempló horrorizada que la piscina se había convertido en un improvisado campo de batalla. A su alrededor todos los jugadores se agredían sin ton ni son, en un verdadero maremoto de espuma, patadas, gritos e insultos. Lothar, desde el borde de la piscina, intentaba apaciguar los ánimos inútilmente. Uno de los jugadores que estaba esperando para jugar el siguiente partido le saltó encima, lo tiró al suelo y empezó a golpearle. En un instante hubo una montaña de incontrolados sobre el jefe de cubierta para tratar de agredirlo o de defenderlo. Se rompieron las redes que separaban la piscina del gimnasio y se extendió la pelea, con gente que entró para poner paz al oír el griterío y que se implicó todavía más en la refriega. No importaba quién pudiera tener razón: aquello se había convertido en una excusa para desahogarse de los más secretos odios que, desde los primeros días de aislamiento, cada uno guardaba en su interior. En plena vorágine, cualquiera veía que estaban pegando a un amigo o que alguien a quien no se soportaba estaba atizándole a otro. En cinco minutos, el partido de acuacesto degeneró en una rastrera reyerta de todos contra todos entre distinguidos científicos y reconocidos marineros.

La llegada del capitán con cuatro marineros de confianza tampoco puso fin al escándalo. Nadie se apercibió de su entrada hasta que uno de los marineros conectó la manguera a presión para disgregar los amasijos de gente que se habían formado en la zona deportiva del barco. Poco a poco los luchadores empezaron a caer y a rodar por los suelos y en menos de un minuto todos estuvieron imposibilitados para seguir sacudiéndose. Se hizo el silencio. El capitán no pronunció una sola palabra. No hacía falta: todos se daban cuenta

de lo que habían hecho y, en cuanto reinó la calma, avergonzados, se dirigieron a sus camarotes.

Fue el último partido de acuacesto.

-Todavía no comprendo cómo ha podido pasar algo así.

Karenina había acudido al camarote de David tras la pelea de la piscina. Había comprobado que uno de esos militares estaba "casualmente" por ahí, pero ya no le hacía ni caso. Había cosas que empezaban a preocuparle tanto como la identidad y las intenciones del grupo de Huty.

-Parece mentira que nadie se haya hecho daño de verdad -prosiguió.

-Bueno, menos Fausto, ¿no?

-Es verdad, pobrecillo. Creo que era el único que intentaba separar y ha sido el único que ha acabado lesionado.

-Claro que tampoco es extraño que le hayan dado en la nariz -dijo David-. Era una diana fácil. Y siempre mejor que te partan la napa a que te den una patada en la entrepierna... ya me entiendes, en la otra diana que tiene Fausto, que es incluso más grande que la de la cara. Me lo imagino: si la nariz ya le quita visibilidad normalmente, ahora, con el vendaje, no debe de ver un pimiento.

-Se supone que en el barco habitamos gente de lo más civilizado -Karenina no atendió a las bromas de su amigo-. Somos doctores, estudiantes, tripulantes cualificados. Esta situación límite nos está poniendo a prueba.

-Yo creo que el barco está preparado para el aislamiento, así que en realidad no hay nada que temer -David se implicó en las preocupaciones de Karenina-. Lo malo es que los que no estamos preparados somos nosotros. Desde Alemania no tienen en cuenta esto. No les interesa rescatarnos porque es muy caro y saben que no nos puede pasar nada. Lo ven como un capricho...

-Sociológicamente es una situación interesante -dijo la chica-. Se crean roles, grupos, enemistades... Y los más fuertes dominarán a los más débiles.

-Vamos, Karenina, no exagere. Antes de un mes estaremos en nuestras casas. No creo que haya tiempo para que nadie domine a nadie.

-¡Hombre! Me alegra que digas eso precisamente tú -se sorprendió la alemana-. Eso quiere decir que ya te has olvidado de los que te pasó en cubierta con Pankow y de lo que pueden estar maquinando esos indeseables.

Los dos intentaban olvidarlo. Esperaban a que Marc hablara con Tomás y éste con Wolf y que de esta manera se solucionaría cualquier problema. Trataban de no ver más allá de lo que les interesaba.

Los inicios de Karenina en la biología habían sido muy duros. Siempre quiso dedicarse al estudio del mar, pero sólo pudo ingresar en una universidad donde no existía ninguna especialidad que se pudiera relacionar con su pasión. Prácticamente se formó como autodidacta, hasta que logró una beca para realizar una tesis doctoral sobre taxonomía y biodiversidad de artrópodos antárticos. Fue entonces cuando conoció a Martin. La entusiasmó. Su sueño era llegar a la Antártida para estudiar crustáceos isópodos o anfípodos y el hombre que más le podía enseñar era precisamente el profesor con el que había topado.

-¿Cómo es Martin? -quiso saber David.

-Lo conocí por pura casualidad, al llegar a Berlín, hace más de cinco años. Era bastante introvertido, en parte porque, después de la unión de las dos Alemanias, a los del este, como él, se les negaron muchas cosas. Y si, encima, eran taxónomos, no te digo nada. Se ve que lo pasó realmente mal, pero nunca se dio por vencido. Tuvo que empezar desde cero y cuando yo dí con él, estaba de suplente de un eminente taxónomo alemán, Aughbang. ¡Cómo suplente! Imagínate... Le daba mil vueltas a su tan reconocido superior. Otro se habría hundido ante aquella situación. Créeme, aquello era ridículo... Hablar con Aughbang era imposible. Era el típico doctor inaccesible, de vuelta de todo, que vivía de estudios gloriosos que se habían quedado anticuados. El que realmente enseñaba taxonomía en aquella cátedra era Martin, que en un par de clases me cautivó. Parecía arisco, cerrado, introvertido. Pero en cuanto le demostré que me fascinaba su materia, se me mostró como un libro abierto y me enseñó casi todo lo que sé de esto.

-Salvando las distancias, mi caso ha sido algo parecido -dijo David-. Quiero decir que yo también he tenido a mi particular Martin, sólo que el mío lleva acento en la I. Tomás ha sido mi mentor y mi salvavidas. Hubo una época en que la biología, para mí, se

redujo a trabajar mil horas al día en cosas que no me interesaban casi nada, teniendo que dedicar el poco tiempo que me sobraba a acabar mi tesis. Y aguantar esto con veintimuchos años y un sueldo de risa es muy difícil. Si supieras la de veces que he estado a punto de mandarlo todo a la mierda...

-Y yo, pero tuve suerte -siguió recordando Karenina-. Aunque no lo parezca, a Martin le divierte enormemente que ahora todos lo que lo despreciaron en su día le besen el culo. Ésta es mi tercera campaña antártica, siempre de la mano de Wolfgang.

-Tres campañas, eso sí que es un éxito -reconoció David-. Me das envidia. Para ti esto debe de ser casi una rutina...

-¿Una rutina? -se sorprendió ella-. ¿Crees que podría ser tan arrogante? Cada campaña es un mundo. Conoces a gente nueva, pasan cosas diferentes. Dime si esta campaña tiene algo de rutinario.

-Ésta claro que no, pero tampoco tiene mucho de científico -le rebatió David.

-Ya... -la chica se arrimó un poco más a su amigo-. También es cierto que los alemanes nos hemos quedado dormidos en los laureles en lo que a ciencia se refiere. En ese aspecto sí que existe una peligrosísima rutina. Nos falta algo que a vosotros os sobra: inventiva y capacidad de improvisación. Lo que está haciendo Tomás con Nuria no se le habría ocurrido a ningún estudioso alemán. Ni siquiera a Martin. Aquí hay grupos que con muy pocos medios estáis realizando un trabajo excelente. A cualquier expedicionario de mi país le ofrecen montar una campaña que no esté rodeada de lujos y ni se le pasa por la cabeza aceptarla. Llevamos demasiado tiempo viviendo casi como reyes y la ciencia ha pasado a un segundo plano.

-Pues precisamente a esta campaña venimos con mejores medios que nunca -la advirtió David.

-Gracias a Dios todo esto está cambiando un poco -comentó Karenina-. Date cuenta que la campaña del Bloom le fue encargada a tu jefe. No sabes cuántos viejos apoltronados se sintieron ofendidos cuando se hizo pública aquella misión... ¡Que se jodan! Eso fue lo que pensamos Martin y nosotros.

-Karenina -David la cogió por los hombros-. Tú tienes todo el empuje y la inventiva de la que hablas, porque en el fondo esa inquietud está dentro de cada uno. Cuando tengas acceso a todos los medios que proporciona tu gobierno, no habrá quien te pare.

-Eso es muy halagador -la muchacha bajó la mirada hacia el colchón de la cama en el que estaban sentados los dos-. Pero tengo mucho que aprender de gente como vosotros. Además esta mierda de accidente me está perjudicando mucho, porque este curso ya no podré acabar mi tesis.

David se movió inquieto y quiso asomar la cabeza por la puerta para comprobar que, de nuevo, algún esbirro o el propio Pankow estaba vigilándole. El cerco se hacía cada vez más agobiante.